

Democracia deliberativa y ética de la comunicación: una vuelta de tuerca más al debate Lippmann-Dewey

Hugo Aznar
Universidad CEU Cardenal-Herrera
(Valencia)

haznar@uchceu.es

Deliberative and Ethical Communication Democracy: Another Twist to the Lippmann-Dewey Debate

RESUMEN: La vigencia del debate sobre la democracia deliberativa ha incitado a buscar los posibles antecedentes del mismo. Uno de ellos sin duda fue el conocido como 'debate Lippmann-Dewey', en los años 20 del pasado siglo. El autor repasa dicho debate sobre el supuesto de que tiene validez no sólo histórica sino estructural, y sus claves siguen vigentes hoy. Dewey llevó a cabo una transformación de conceptos claves de la teoría democrática pero no abordó los retos de su implementación. En el caso de la comunicación social, núcleo y marco fundamental de este debate, esto obliga a volver al Lippmann de comienzos de década y rescatar el programa de reforma del periodismo que estaba apuntado en su obra. Un programa que hoy constituiría el núcleo esencial de la ética de la comunicación y sería crucial para la implementación efectiva de la democracia deliberativa.

ABSTRACT: The strength and vitality of the debate on deliberative democracy has prompted to look for its possible backgrounds. One of them was the known as the 'Lippmann-Dewey debate', which developed in the twenties of the past century. The author reviews that debate on the assumption that the same has not only historical but also structural validity and their keys remain effective today. Dewey carried out a transformation of key concepts of democratic theory, but did not address the challenges of its practical implementation. In relation with social communication, core and fundamental framework of this debate, this deficiency forces to return to Lippmann and to rescue his program of reform of journalism, content in his work of the beginning of the decade. A program that today would constitute the core of the ethics of communication and would be crucial for the effective implementation of deliberative democracy.

PALABRAS-CLAVE: Democracia deliberativa, ética de la comunicación, sociedad de masas, libertad de prensa, periodismo, propaganda

KEYWORDS: Deliberative democracy, ethics of communication, mass society, free press, journalism, propaganda

1. La propuesta de la democracia deliberativa y el debate Lippmann-Dewey

Desde la última década del siglo pasado ha ido creciendo el debate sobre la democracia deliberativa, sus elementos más distintivos y las formas de su posible implementación. Tanto el debate teórico como las posibilidades que abren las nuevas tecnologías de la comunicación, e incluso también las movilizaciones sociales de estos últimos años, alientan la oportunidad de revisar el empobrecido modelo de democracia vigente y plantear un modelo que responda a las demandas de mayor participación.

Cuando se plantea un nuevo paradigma suele complementarse su discusión con un reexamen de posibles antecedentes que arrojen luz sobre el trasfondo del que se parte. Se ha querido encontrar uno de los antecedentes de la democracia deliberativa en el denominado "debate Lippmann-Dewey". En realidad este 'debate' no tuvo lugar como tal en su día ni tampoco fue considerado así

* Este artículo forma parte del Proyecto I+D+i del Mineco "El surgimiento de la sociedad de masas y la crisis de la ciudadanía: los casos de W. Lippmann y J. Ortega y Gasset" (Ref. FFI2010-17670), del que es IP el propio autor.



Received: 27-10-2013
Accepted: 10-12-2013



durante la mayor parte del siglo XX (Jansen, 2009), hasta que se ha producido su revitalización al hilo del interés provocado por la discusión sobre la democracia deliberativa. Desde que se ha retomado el mismo –inicialmente desde el campo de los estudios culturales y de la comunicación (p. e., Carey, 1987)–, la bibliografía al respecto no ha dejado de aumentar (aquí recogemos sólo una mínima parte).

El *debate* –seguiré con esta denominación por comodidad y porque, como indicaré al final, hay razones para reconstruirlo como tal– se produjo a lo largo de la década de los años veinte. Lippmann publicó una serie de obras en las que planteó un progresivo cuestionamiento de la doctrina liberal heredada de la libertad de prensa y de los supuestos epistemológicos y democráticos ingenuos con los que se vinculaba: *Liberty and the News* (1920), *Public Opinion* (1922) y *The Phantom Public* (1925). En la última de ellas planteaba una concepción alternativa más realista de la democracia, habitualmente situada entre las concepciones elitistas de aquél período. Sus obras y las cuestiones que planteaban merecieron la atención de Dewey, que reseñó las dos últimas (Dewey, [1922] 1976, [1925] 1984), viéndolas como un profundo –aunque “constructivo”– cuestionamiento de la visión común de la democracia. El alcance de las cuestiones planteadas motivó una respuesta más amplia de Dewey en una serie de conferencias publicadas un año después bajo el título de *The Public and its Problems* (1927).

En ocasiones, se asimila las posiciones confrontadas del debate con una polaridad ideológica que no tuvieron. Dewey aparece como el intelectual de bien, lleno de optimismo y defensor a ultranza de la democracia y sus posibilidades de mejora; Lippmann, como un enemigo de la democracia popular y elitista por motivos conservadores (Schudson, 2008). Particularmente injusto es ver a Lippmann imbuido de ideología conservadora, por mucho que sus obras posteriores y su progresivo ascenso a representante del *statu quo* como el columnista de Washington más leído del siglo XX lo pudiera justificar después (Steel, 2007). Lippmann había sido un joven simpatizante socialista y un referente obligado de la década progresista. Ambos autores se conocían y se respetaban mutuamente: compartían el trasfondo pragmatista de la época (Diggins, 1994) y figuraban en el mismo bando progresista; Dewey había colaborado varias veces –entre ellas con las reseñas mencionadas antes– en la revista emblema del período, *New Republic*, que había cofundado y codirigía Lippmann.

Por otra parte, el supuesto elitismo de Lippmann no venía *en absoluto* –como pudo ocurrir en otros autores europeos– del temor finisecular al ascenso revolucionario de

las masas. Todavía a mediados de la década anterior, estaba Lippmann contribuyendo con artículos a la revista *The Masses* (Steel, 2007, 53), de simpatías anarquistas y socialistas y que desde su mismo título trasladaba una lectura positiva de este fenómeno.¹ Para Lippmann, los problemas de la sociedad contemporánea no tenían que ver con cuestiones de clase sino con algo muy distinto: con la complejidad derivada del crecimiento y el cambio tecnológico y productivo de su tiempo. Su categoría de referencia no era la de *sociedad de masas*, sino la de *Gran Sociedad*, que había tomado de su amigo fabiano Graham Wallas (Aznar, 2011, xx). Su marcha hacia el *realismo* no provino por tanto de un trasfondo ideológico conservador, sino de su experiencia vital y su modo de enfrentar los retos de la sociedad industrial y mundial. Tenía presentes unos retos –diversificación funcional, acción a distancia y de gran magnitud, mundialización, etc.– que, a diferencia de los discursos *de las masas*, siguen siendo los nuestros.

Precisamente por esto mismo no conviene ver el debate sólo como algo histórico, sino más bien como un debate cuya validez sigue en gran medida vigente (Whipple, 2005). Dewey escribió su obra en respuesta a la concepción realista de la democracia que desarrolló Lippmann. Al hacerlo, Dewey reescribió algunos conceptos clave de la teoría política hasta el punto de poder encontrar en ellos un antecedente de la propuesta actual de la democracia deliberativa. Pero no sería adecuado concluir por ello que lo que dijo Lippmann no tiene también validez hoy. Fue él quien enfrentó con mayor experiencia y alcance algunos de los retos de su tiempo, particularmente aquellos que suponían una crisis profunda del optimismo de la tradición ilustrado-liberal de la libertad de prensa y de la concepción democrática ingenua de lo que llamó el *ciudadano omnicompetente*, que puede saber todo de todo. Y estas cuestiones plantean todavía un reto a cualquier propuesta de democracia deliberativa que no quiera pecar de ingenua o ilusa. Hacer justicia al debate Lippmann-Dewey es hacérsela a ambos autores.

Pero el planteamiento de Lippmann resulta crucial también en otro sentido. En su respuesta, como autor más filosófico que era, Dewey planteó una serie de cambios conceptuales. Él mismo reconocía que no podía avanzar más detalles de la propuesta práctica o el modelo institucional porque era históricamente pronto: era imposible incluso vislumbrar cómo iban a ser las respuestas concretas a la actual situación. Dewey señalaba un camino pero no los pasos a dar, lo que podría explicar que su propuesta no tuviera continuidad entonces. Pero su planteamiento convertía en

crucial la transformación de la comunicación social, aunque tampoco daba detalles. Si quisiéramos ahondar en los retos concretos de esta transformación entonces habría que acudir de nuevo precisamente a Lippmann.

Si es así, terminaremos el artículo recalcando la importancia crucial de volver también a considerar los retos que en su día motivaron a Lippmann a escribir sus obras. Si hay que volver al debate Lippmann-Dewey es para volver a *ambos* autores y reconstruirlo sin destacar tan solo, como suele hacerse, la respuesta del último. Se trataría entonces de enfrentar de nuevo los retos de Lippmann avanzando en una dirección que incorpore los hallazgos de Dewey. Concluiré sugiriendo que esa nueva dirección en la que desentrañar el ovillo es la de la ética de la comunicación: crucial para contribuir a un entorno comunicativo que facilite las condiciones de viabilidad de una democracia deliberativa,² tanto como lo puedan hacer los avances tecnológicos de la comunicación en los que tanto se suele insistir.

2. Cambio de contexto: la aportación de Lippmann

Más que en motivaciones ideológicas y de clase es en la experiencia vital de Lippmann donde hay que buscar los motivos de sus obras de estos años. Lippmann acumulaba ya una temprana experiencia y conocimiento del funcionamiento de la prensa allí donde antes había adquirido su perfil y capacidad de influencia contemporáneas. Miembro del equipo que elaboró la doctrina de los 14 puntos de Wilson (Lippmann [1922] 2003, 174 y ss.), tuvo una posición privilegiada para seguir de cerca –y cuestionar– el programa propagandístico que puso en marcha la conocida como Comisión Creel para convencer a la población de la necesidad de que EEUU entrará en la Gran Guerra. Él mismo se incorporó al equipo de propaganda americano en el frente europeo en la fase final de la guerra (Steel, 2007). Toda esta experiencia le llevó a ser uno de los primeros autores en situar en el centro de la problemática democrática este nuevo entorno de la comunicación social y lo que de él se seguía. No debe extrañarnos que entre las varias expresiones atinadas que acuñó figure la de la “manufactura del consenso” (Lippmann, [1920] 2011, 7), que tanto gustaría a Chomsky, y con la que se refería a la capacidad de la prensa y la propaganda para modelar las opiniones mayoritarias del público en la sociedad contemporánea. Fue esta experiencia personal unida a la de toda una generación progresista que vio finiquitadas sus expectativas de

cambio con la Gran Guerra la que explica el ajuste de cuentas de Lippmann a lo largo de los veinte con las tradiciones *naïves* liberal y democrática.

Este ajuste comenzó a raíz de la Gran Guerra y particularmente de su vivencia en París del proceso negociador del Tratado de Versalles, que se llevó por delante la propuesta wilsoniana de una diplomacia acordada y transparente. A su regreso a EEUU, Lippmann se enfrentó además a la escalada del primer *red scare*, la extensión del miedo –injustificado en su país– a una revolución como la soviética, que sirvió en realidad para prolongar las limitaciones de la libertad de expresión y de otras actividades introducidas durante la campaña bélica; y para mantener vivo el ambiente propagandístico y atajar de paso cualquier ánimo reformista.

Libertad y prensa (1920) fue la primera aportación de este ajuste de cuentas con la tradición. Más que por su alcance es reveladora por las cuestiones que emergen en sus páginas. El secretismo y la desinformación de los gobiernos en Versalles, la continuidad de la actividad propagandística y la distancia física habían supuesto un claro fracaso de los supuestos tradicionales de la doctrina liberal sobre la función de la prensa. A las restricciones informativas, se sumaba la falta de cualificación y preparación de los periodistas, lo que les impedía estar a la altura de los asuntos que debían abordar. También hacían su daño tanto la mala praxis profesional como la especulación gratuita, la atención a hechos sin relevancia, no contrastar con fuentes adecuadas, etc.

Y por si faltara algo aún quedaban las manipulaciones de las empresas periodísticas, que podían actuar con *libertad* sin que se plantearan o se pudiera hacer efectiva exigencia alguna de responsabilidad. La mezcla de opinión e información o la utilización del medio para hacer propaganda y servir a los intereses de sus editores hacían que la prensa sirviera para todo menos para los fines que le atribuía la doctrina liberal tradicional.

Sin plantearlo todavía así, esta pequeña obra de Lippmann suponía despertar del sueño de la doctrina liberal sobre la función de la prensa (Rodríguez Borges, 2012). La ciudadanía carecía del requisito obvio para poder ejercer su supuesta capacidad de vigilancia y dirección del gobierno: disponer de información veraz. Las funciones que la doctrina liberal clásica había atribuido a la libertad de prensa –proveer de información, vigilar al gobierno, plantear y debatir propuestas– resultaban tener gran parte de mitología.

Lippmann mencionaba de pasada algunas posibles respuestas. Era necesario y urgente, en las sociedades democráticas actuales, realizar un estudio de cómo se formaba *realmente* la opinión pública. Era igualmente necesario conocer más a fondo la actuación de los medios y los periodistas y tratar de remediar sus males (al final volveremos sobre ello). Y apuntaba también la formación de algún tipo de instituciones o agencias, distintas a la prensa, capaces de recopilar y analizar la información que requería la complejidad en las sociedades contemporáneas.

Lippmann asumió la primera de estas tareas: el estudio de la opinión pública, convirtiéndose en uno de los fundadores de esta disciplina. Pero su estudio *-Public Opinion (1922)-*, más que aportar soluciones incidía aún más en las limitaciones de los supuestos liberales heredados. En efecto, lo que se desprendía ahora de esta nueva contribución no es que esas limitaciones fuesen puntuales sino que más bien eran estructurales, que estaban asociadas al entorno de la compleja sociedad actual (Lippmann [1922] 2003, 25 y ss).

El mundo moderno se había hecho complejo y ya no era el entorno local y de proximidad de la doctrina liberal y los supuestos ilustrados. En la actual Gran Sociedad los individuos carecían de experiencia directa de los asuntos sobre los que, en democracia, debían formarse juicios. No podían juzgar ese entorno complejo salvo por medios indirectos. La idea de una opinión pública que pudiera juzgar, criticar e incluso dirigir al gobierno carecía de sentido en un mundo cuyos asuntos superaban las fronteras del conocimiento y la experiencia personales.

Dando un paso más, Lippmann concedía a estas limitaciones un rango psicológico casi inevitable. En un contexto complejo, era inevitable contar con referentes que evitarán el coste y las dificultades de tener que formarse no ya ideas correctas sino incluso propias de cosas distantes en todos los sentidos. Los individuos acababan refugiándose en ideas preconcebidas acerca de la realidad, particularmente de aquella que no conocían directamente y que en un mundo complejo eran prácticamente toda. Eran lo que Lippmann denominó estereotipos (Ib., 81 y ss): ideas preconcebidas, en la mayoría de los casos resultado de prejuicios y reduccionismos que los individuos utilizaban para 'comprender' y evaluar una realidad de la que carecían de experiencia directa y conocimiento contrastado. Con estos referentes resultaban además víctimas fáciles de las manipulaciones y la propaganda. Todo esto cuestionaba radicalmente la concepción optimista ilustrado-liberal de un público racional capaz de hacerse un

juicio recto acerca de la realidad. Y más aún la de una política democrática donde ese público tuviera capacidad para juzgar asuntos complejos o distantes.

Incluso allí donde se quisiera realizar un esfuerzo por tratar de conocer y juzgar mejor –interés del que carecía la inmensa mayoría de la gente, volcada en sus propios asuntos–, el público de una Gran Sociedad ya no podía depender de su propia experiencia. Dependía necesariamente de lo que le proporcionaban los periódicos con sus consiguientes limitaciones –la falta de recursos y de tiempo, los estereotipos y la mala praxis de los periodistas– y su posible interés manipulador. Lippmann formuló así la idea de un pseudoentorno (*pseudo-environment*) (Ib., 32) en el que los individuos se movían inevitablemente y que, fuera del estrecho margen de la realidad de la que tuvieran una experiencia más directa, estaba formado por las noticias de los medios y los estereotipos sociales más extendidos. Y no había medio para salir de esta nueva caverna platónica: la labor de los periodistas estaba ella misma bajo el influjo de este factor distorsionador o de otras limitaciones que impedían a la prensa cumplir con el papel que le había atribuido la doctrina liberal. Podía aproximarse a ese rol tratándose de eventos cercanos y sencillos, pero cuanto más complejo fuera un asunto más difícil sería que la prensa pudiera hacerle justicia. Los individuos no podían juzgar y evaluar la acción del gobierno ni tan siquiera su propia información acerca del mundo ya que no tenían ni experiencia ni criterio para poder hacerlo.

Tal vez [la prensa] sea mucho más frágil de lo que la teoría democrática nunca ha llegado a admitir. De hecho es demasiado frágil para soportar sobre sus hombros todo el peso de la soberanía popular, es decir, para suministrar la misma verdad que los demócratas confiaban en que fuera innata. Por tanto, cuando esperamos que nos suministre tales verdades no hacemos más que juzgarla aplicando un criterio engañoso: malinterpretamos la naturaleza limitada de las noticias, junto a la ilimitada complejidad de la sociedad. (...) A la prensa se le exige que, a base de actuar sobre todos los individuos durante media hora cada 24 horas, sea capaz de crear una fuerza mística denominada Opinión Pública que, a su vez, deberá suplir la negligencia de las instituciones. (...) Se trata de algo impracticable, y cuando se tiene en cuenta la naturaleza de las noticias, ni siquiera es imaginable (Ib., 291).

3. Hacia una solución tecnocrática

En la parte final de *Public Opinion* (VIII. *Organized Intelligence*) Lippmann insistía en una solución que ya había apuntado en *Libertad y prensa*. Se trataba de crear una “*machinery of knowledge*” mediante agencias que recopilarán procesarán y pusieran

al alcance público datos estadísticos y técnicos que permitiesen 'visibilizar' y manejar la complejidad. Se trataba de evitar "el fracaso de los pueblos autogobernados a la hora de trascender de su experiencia fortuita y sus prejuicios, que sólo podrán corregirse inventando, creando y organizando una maquinaria del conocimiento" (Lippmann [1922] 2003, 293). Esto no era difícil y ya había organizaciones y casos en los que se estaba haciendo así: como las estadísticas sanitarias, que permitían implementar programas de salud dirigidos a fines precisos.

Esta *maquinaria del conocimiento* otorgaba un papel singular a los expertos que debían hacerla funcionar. Pero en esta obra el papel de los expertos no eliminaba el del público. Lippmann señalaba que debían "descentralizarse las decisiones" y que la información recopilada por estas agencias debía ponerse "al alcance de todos" (Ib., 302). Los ciudadanos cumplían su papel en política verificando si se había escuchado a los afectados, si el criterio de los expertos se había tenido en cuenta y si el proceso público de decisión se había realizado con honradez. La educación cívica debía preparar además al público para desenvolverse mejor en este nuevo entorno complejo fomentando su valoración de "la imparcialidad y la cordura de los procedimientos" (Ib., 321). En cierto modo, políticos, expertos y público estaban todavía en un nivel similar. Así los expertos mediaban entre políticos y público: asesoraban a aquellos pero también informaban a estos; y sobre todo rompían las limitaciones de un partidismo interesado facilitando indicadores al público sobre las decisiones más adecuadas al margen del entramado político. Y daba algunas recomendaciones para ello: una cuidadosa separación entre políticos y expertos, presupuestos autónomos, evitar que los expertos se convirtiesen en una burocracia con poder e intereses propios y acentuar el papel de las universidades y, ahora sí, el de la prensa al usar y difundir esta información.

Pero frente a su insistencia en las limitaciones de la prensa y del público, el espacio dedicado a estas propuestas resulta pobre. E incluso aquí desliza indicaciones de por dónde iba a avanzar después. Así, hablando de la educación cívica, insiste en que debe ayudar a los individuos a tomar conciencia de la dificultad de las decisiones públicas en el nuevo entorno complejo; pero añade que "para que ellos mismos rechazaran la responsabilidad de tomar estas decisiones" (Ib., 321). Una frase premonitrice de esa 'retirada del público' que lo convertiría en un fantasma en su siguiente obra.

Así de contundente comenzaba su siguiente obra, *The Phantom Public*: “Hoy el ciudadano de a pie se siente como un espectador sordo [sentado] en la fila del fondo” (Lippmann [1925] 2011, 31). Las limitaciones de la opinión pública se trasladan ahora con más intensidad al campo político. En este nuevo escenario político, Lippmann ya no se plantea remediar esta incapacidad del público. Al contrario, lo urgente es desmontar el mito ilustrado-liberal y democrático del *ciudadano omnicompetente*, capaz de decidir con racionalidad sobre cualquier asunto; un mito que puede hacer mucho daño en una sociedad democrática compleja.

Lippmann cambia ahora la relación entre los tres protagonistas de un sistema democrático complejo. Mientras que al final de su obra anterior, los tres estaban a un nivel similar, ahora decisores políticos y expertos estrechan sus vínculos dejando al público convertido en mero espectador (Ib., 48). Lippmann rescata unas categorías que ya había usado pero que alcanzan ahora una nueva carga prescriptiva: expertos y políticos se convierten en *insiders*, aquellos que disponen de acceso privilegiado a los asuntos públicos y deben por consiguiente gestionarlos; los ciudadanos son *outsiders*, están por fuera y es mejor así dadas sus limitaciones. El cambio afecta a todos los papeles. Mientras que antes los expertos rompían el partidismo favoreciendo la decisión imparcial del público, ahora más bien asesoran a los gestores políticos. Estos a su vez interactúan con los expertos y sólo parecen dirigirse al público para darles cuenta de lo decidido y ganar su aprobación. El público ya no decide asuntos y materias, sino que se limita a elegir actores/líderes políticos (Ib., 59).

Planteadas así las cosas la opinión pública sufre una llamativa inversión respecto a su rol en la doctrina liberal tradicional. El libre debate de las opiniones de la ciudadanía que conformaba la opinión pública queda ahora reducido a simples *opiniones generales*, que pueden estar ahí pero carecen de fuerza efectiva a no ser que quien haya de decidir quiera considerarlas; el papel de esta ‘opinión pública’ es tan “externo” respecto al núcleo decisor como la propia posición de los ciudadanos. El *ideal* de opinión pública ya no es la voz informada del pueblo que debe vigilar y hasta guiar la acción del gobierno, sino el mecanismo que alinea al público a favor del partido o la decisión mejor: “en su lugar decimos que el ideal de opinión pública es alinear a los hombres durante una crisis de tal manera que favorezca la acción de aquellos individuos que puedan enfrentarla” (Ib., 63). La cosa se limita en democracia a que los ciudadanos elijan bien

sus dirigentes y a ello debe orientarse este nuevo papel de la opinión pública: “La capacidad de discernir quiénes son esos individuos es el esfuerzo final de educación de la opinión pública” (Ib., 63).

La lógica de la opinión pública queda pues radicalmente transformada y al borde mismo de su inversión: ya no se trata de intercambio mutuo entre el público y sus servidores públicos, ni tan siquiera una voz que se eleve desde público a los gobernantes para que la tengan presente; sino de un mecanismo para elegir dirigentes. Poco faltara ya para reducirla a una forma de alentar adhesiones desde arriba, para ganarse la preferencia o la aquiescencia de los gobernados. Con estos planteamientos, Lippmann, al final de este periplo, parece acabar por dar la razón a quienes habían promovido las campañas de propaganda con motivo de la entrada de EEUU en la Gran Guerra, aquellas que habían contribuido a que comenzara a cuestionarse la ingenuidad de los supuestos heredados. No nos extrañe pues que Lippmann fuera tomado y haya sido visto como un antecedente de toda una corriente de que a finales de los veinte, bien en un plano más práctico y comercial –como Edward Bernays– o bien más teórico y político –como Harold D. Laswell–, entenderán la opinión pública como una auténtica manufactura propagandística del consenso, como un mecanismo del poder público para garantizar la aquiescencia de los gobernados en una sociedad cuya legitimidad debe ser ‘democrática’ (Chomsky, 2004; Ewen, 2007). Era el precio que la democracia tenía que pagar por una gestión eficiente en una sociedad compleja.

4. La respuesta de Dewey

No debe extrañarnos que Dewey viera en la obra de Lippmann el alegato crítico más rotundo escrito nunca contra la concepción habitual de la democracia ([1922] 1976, 337). Pero no vio el ataque de un antidemócrata; sino el planteamiento de una serie de cuestiones y problemas a los que la teoría y la práctica democráticas debían responder. Y así se lo propuso en una serie de conferencias impartidas en 1926, publicadas luego como *The Public and Its Problems* (1927).

Dewey compartía el diagnóstico de Lippmann, así como su cuestionamiento de los supuestos liberales y democráticos heredados, pero avanzaba en dirección distinta. Las transformaciones tecnológicas e industriales han producido un cambio radical

del entorno, derivándose retos inevitables de la nueva capacidad de acción humana. Esta tiene ahora consecuencias que traspasan con mucho el ámbito local, de modo que el imaginario simbólico de proximidad en que implícitamente se fundaban el público y el orden político tradicionales ya no sirven. La doctrina liberal descansaba además en ciertos supuestos optimistas acerca de la psicología humana y el orden social que el nuevo contexto pone en cuestión. Pero sería erróneo limitarse a invertir la situación y caer en un determinismo pesimista de signo opuesto. Lo que hace Dewey es redefinir algunos conceptos claves para apuntar una solución diferente a la de Lippmann. Así, reconoce su deuda con este “por las ideas que intervienen en toda mi exposición, aunque llegue a conclusiones distintas” de las suyas (Dewey, [1927] 2004, 120 n.). Es en esta redefinición de conceptos donde algunos han visto el antecedente de una concepción deliberativa de la democracia.

– Psicología individual

Para comenzar, Dewey no considera las limitaciones de la psicología individual como algo insoslayable. El gran avance de la sociedad actual ha dejado a los individuos desacoplados respecto de un entorno que se ha vuelto complejo muy rápidamente y distinto al mundo de proximidad de antaño; pero este desacoplamiento no tiene por qué ser definitivo.

Primero, porque es erróneo considerar a los individuos aisladamente. La psicología humana se debe en gran medida al entorno social en el que se forja, de modo que puede evolucionar con éste, por mucho que ocasionalmente, como ahora, pueda producirse algún desfase (Honneth, 1998, 773). Buena prueba es lo ocurrido históricamente: avances culturales previos, en su momento complejos y reservados a pocos, son hoy usos cotidianos. Hay una experiencia social que permitirá a los individuos ir incorporando los avances de la cultura humana, adaptándose evolutivamente a las recientes transformaciones de la sociedad industrial.

Además, a diferencia del conocimiento natural que no modifica su objeto, el conocimiento de nosotros mismos nos permite cambiar. Aunque no lo menciona, esto bien podría aplicarse a las apreciaciones de Lippmann sobre los prejuicios y estereotipos de los individuos –incluidos los periodistas–. Este mismo conocimiento nos permitiría ejercer un distanciamiento crítico de las ideas recibidas, hacer un esfuerzo añadido de verificación de la información.

De modo que pese a su desfase actual, el carácter social y el autoconocimiento del ser humano pueden permitir el reajuste de los individuos y de su sociedad al nuevo entorno.

– Públicos

Mucho más trascendental aún es el cambio de la noción de público. Como planteaba Lippmann, el público estático de las comunidades locales en el que implícitamente se basaba la concepción de la opinión pública y la política liberales se ha desintegrado bajo las condiciones de vida contemporáneas. Lippmann respondía a esta *difuminación* del público con un gobierno de expertos y políticos profesionales, de *insiders*. Dewey propone en cambio una redefinición de la idea misma de público.

La base de la formación de un público no es espacial, como antaño. Junto a estos públicos estructurados espacialmente surgen otros nuevos: los conformados por los afectados por las consecuencias de las actividades humanas, muchas de las cuales en la sociedad actual actúan a distancia o a gran escala, como la producción industrial, la tecnología o la comunicación. Esta afectación, siempre que se objective y haga consciente para los propios afectados, establece un interés común y compartido; y es eso lo que configura un público. He aquí su definición: "El público lo componen todos aquellos que se ven afectados por las consecuencias indirectas de las transacciones, hasta un punto en el que resulta necesario ocuparse sistemáticamente de esas consecuencias." (Ib., 65).

Esta forma de considerar al público resuelve varias de las dificultades planteadas por Lippmann. Ya no tiene sentido considerarlo un *outsider*. Primero, no lo es en tanto que afectado, condición que le habilita como mínimo para no ser excluido. Segundo, esa misma condición de afectado también le hará probablemente conocedor en algún sentido mínimo de lo que le afecta. Igualmente se le debe suponer en principio interesado en aquello que le afecta, lo suficiente al menos como para involucrarse y tratar de informarse correctamente. Por último, los públicos son múltiples y variables, tanto como los asuntos que nos afectan: así, unos serán *outsiders* en unos asuntos y otros en otros, pero no todos en todos. Dada su condición de afectados tendrán por tanto derecho a decir algo respecto a aquello que les afecta.

– Democracia

La concepción de Dewey de la democracia también varía sustancialmente de la de Lippmann. Así, su legitimidad no se limita a su eficacia para resolver problemas colectivos. Esta prioridad había llevado a Lippmann a cuestionar la participación del público lego y a insistir en el papel de los expertos y gestores políticos. Pero la eficiencia, con ser relevante, no es el único criterio posible. Para Dewey hay otro más fundamental: la democracia tiene sentido sobre todo como forma de organización humana que promueve el desarrollo de las capacidades y potencialidades de los individuos (Morán, 2009). Resolver los problemas sin promover este desarrollo de los individuos tendría poco sentido.

Y el desarrollo de esas capacidades pasa en gran medida por el autogobierno de los individuos: por integrarse y participar en la resolución de los problemas que les afectan (Catalán, 2013, 44). Dewey entiende la democracia como un sistema político que debe no sólo permitir sino más bien alentar la participación ciudadana, ya que ésta es la que contribuye al desarrollo de las potencialidades de la persona, las asociadas al sentimiento y la experiencia de su integración, a su asunción de responsabilidad en el devenir común y a su potencial actuación en la dirección del cuerpo social. Así,

Desde el punto de vista del individuo, consiste en tener una participación responsable según la capacidad para formar y dirigir las actividades de los grupos a los que se pertenece, y en participar según la necesidad en los valores que los grupos sostienen. Desde el punto de vista de los grupos, exige una liberación de las potencialidades de los miembros de un grupo en armonía con los intereses y los bienes que son comunes.

(Dewey, [1927] 2004, 137)

No tiene sentido que sean los *insiders* los que tomen las decisiones ya que esta solución, por muy eficaz que sea, no mejora en nada a los individuos y dilapida por tanto el mejor servicio que puede prestar una democracia.

– Democracia ampliada

Entendida así, la democracia no se limita a la política institucional. Dewey la entiende en sentido amplio: se dará allí donde los diferentes públicos, formados en torno a unos intereses compartidos, puedan intervenir en el curso de las actividades y decisiones colectivas que les afectan, ya sean públicas o 'privadas'. La democracia

deberá socializarse, y aplicarse a cualquier institución, organización y hasta actividad humana que tenga efectos más allá de sí misma. No es pues sólo una forma institucional sino más bien una forma de articulación de la vida en común: “La democracia, contemplada como una idea, no es una alternativa a otros principios de la vida asociada. (...) La clara conciencia de una vida comunitaria con todas sus implicaciones, constituye la idea de democracia.” (Dewey, [1927] 2004, 138).

Una concepción tan amplia de democracia tiene su precio: el de su indefinición, particularmente a nivel institucional. Dewey reconoce que los cambios que la sociedad industrial han generado a nivel de acción humana y consiguientemente de los públicos no se han traducido aún en formas políticas adaptadas a las nuevas circunstancias. Si existe un desacople entre la psicología individual y los tiempos que corren, aún es mayor entre estos y las formas políticas heredadas: “La nueva era de las relaciones humanas’ no dispone de órganos políticos dignos de ella. En gran medida el público democrático sigue en un estado rudimentario y desorganizado” (Ib., 115). Pero al igual que en el caso de la psicología individual, Dewey no considera esto un desfase definitivo. La política deberá actualizar sus instituciones y su funcionamiento, ajustándose a la nueva situación. Sin embargo no da más indicación al respecto. Es más, reconoce que en la fase incipiente de cambio en la que estamos es imposible por ahora incluso vislumbrar dicha nueva organización o funcionamiento democráticos: “Cuando estas condiciones lleguen a existir, adquirirán ellas mismas sus propias formas. Mientras no lleguen, resulta un tanto vano pensar qué maquinaria política se ajustará mejor a ellas.” (Ib., 137).

Dewey indica el camino a seguir pero no los pasos a dar. En todo caso, si el diseño institucional ni siquiera se vislumbra, sí apunta dos condiciones para que la Gran Comunidad, la articulación del público a diferentes niveles, pueda hacerse efectiva. Una es la educación, la formación de los individuos con arreglo al nuevo entorno en el que están inmersos. El otro requisito, del que nos ocuparemos aquí, es la comunicación.

5. La comunicación (y su reforma) como prerrequisito

Una comunidad no puede limitarse a intercambiar bienes. Lo que conforma una sociedad de verdad no es el intercambio de cosas sino de significados, de símbolos: la comunicación. Es ésta la que permite la conformación de los públicos propiciada por

ese intercambio simbólico y articulada sobre la toma conciencia de las consecuencias de las acciones que afectan a cada colectivo, paso previo a la acción en común, que requiere igualmente de la comunicación (Honneth, 1998, 774). La comunicación es lo único que puede ayudar a evitar que el público se difumine en el nuevo entorno industrial: "Mientras la Gran Sociedad no se convierta en una Gran Comunidad, el Público seguirá eclipsado. Sólo la comunicación puede crear una gran comunidad" (Dewey, [1927] 2004, 134).

Los componentes de esta comunicación son los propios de la tradición liberal puestos al día. Para ello Dewey recurre –siguiendo el proceder de los primeros pragmatistas americanos, particularmente de Peirce– al modelo del método científico: "podemos tomar prestado bastante del espíritu y del método de la ciencia" (Ib., 147). Investigación metódica, difusión libre y contrastación o debate entre la comunidad nos dan la pauta de acción comunicativa.

El primero de los requisitos es disponer de una buena información, que sólo puede proporcionarla una investigación metódica. Aquí Dewey coincide con Lippmann al insistir en el carácter crucial del conocimiento técnico: solamente la investigación rigurosa puede proveer de los contenidos informativos que se requieren. Los expertos deben jugar un papel crucial, pero –como había sugerido al principio Lippmann– en su condición de proveedores de información (Castillo, 2004, 27). No están en la parte alta de la escala determinando la acción a seguir o sugiriendo a la clase política el curso de acción más oportuno; deben estar a la base facilitando los contenidos e informaciones que han de permitir evaluar los efectos de las acciones en el entorno complejo actual.

Lo siguiente es la difusión libre de la información. Para que el público de afectados tome conciencia de sí, para que pueda articularse en torno a su propia condición de afectados y poder tomar las decisiones oportunas es esencial una completa publicidad que permita disponer de la información más completa posible. Sobre la base de esta información difundida se funda entonces el tercer elemento: el debate colectivo que conforma una opinión pública entendida no como suma de opiniones sino como juicio público.

La respuesta de Dewey a las transformaciones de la contemporaneidad no pone por tanto el acento en la gestión política y tecnocrática, sino en la participación ciudadana a través de la comunicación. La articulación del público se basa en la

disposición plena y transparente de información rigurosa que permita evaluar las consecuencias de las actividades, tomando conocimiento de la condición de afectado; y en el debate que permite formar un juicio y una voluntad de acción comunes. Se trata por tanto de una propuesta que sitúa en su epicentro la comunicación social. Dewey llega a identificar así esta forma de comunicación con la democracia misma: “democracia es una palabra que denota una vida de comunión libre y enriquecedora. (...) Se consumará cuando la libre investigación social quede indisolublemente unida al arte de una comunicación plena e intensa” (Dewey, [1927] 2004, 156).

La propuesta de Dewey transforma así el sentido de los conceptos habituales de comunicación social, de público o de democracia. Pero su aportación se queda en una propuesta conceptual, tan notable como escasa en su concreción efectiva. En todo caso de su planteamiento se sigue el ineludible cambio de la comunicación social para adecuarla a la función que Dewey le atribuye: “La necesidad esencial es la mejora de los métodos y condiciones de debate, discusión y persuasión. Este es el problema del público” (Ib., 169). Si Lippmann había insistido en la necesidad de una *maquinaria del conocimiento* que proveyera de la información experta necesaria, es Dewey quien insiste en la necesidad de complementar con una comunicación social a la altura. Ambas cosas deben ir unidas: “El tipo más elevado y difícil de investigación junto con un arte de la comunicación que sea ingenioso, sutil, vivo y perceptivo deberán tomar posesión de la maquinaria física de transmisión y circulación e insuflarle vida.” (Ib., 156).

Dewey insiste en este punto pero no va más allá. A lo sumo deja apuntados algunos rasgos e ideas de la comunicación social actual que impiden que cumpla la función esencial que le atribuye. Así, Dewey celebra la capacidad tecnológica de comunicación que las nuevas tecnologías permiten: “Hoy disponemos, como nunca antes, de los instrumentos físicos de la comunicación” (Ib., 133). Sin embargo, como había planteado Lippmann al comienzo de la década, ya no era suficiente con el credo optimista ilustrado de que bastase con garantizar la libertad de expresión y tener los instrumentos para que se siguiera sin más un resultado positivo de la comunicación. En especial después del análisis de Lippmann, “la creencia de que el pensamiento y su comunicación hoy día son libres simplemente porque se han suprimido las restricciones que antes imperaban es totalmente absurda.” (Ib., 148).

La comunicación social está articulada como una industria más y sujeta por tanto a las desvirtuaciones propias de las grandes corporaciones industriales del momento. Dewey no las repasa, limitándose a apuntar algún comentario de pasada. El sensacionalismo –la producción de contenidos basada en la “ruptura de la continuidad”: crímenes, conflictos, etc. –, la polarización entre el trabajo y la oferta creciente de entretenimiento, y una velocidad cada vez mayor –que impide la conformación estable de los públicos– son desvirtuaciones de la industria mediática y el entorno dominante hoy. Los fallos de la comunicación social revelan las insuficiencias del sistema mediático industrial para cumplir los requisitos de la construcción democrática de los públicos. Y por mucho que haya conocimiento experto, si la comunicación falla aquél no sirve de nada. Ambas cosas debían ir de consuno:

Incluso aunque las ciencias sociales como aparato de investigación especializado estén más avanzadas de lo que están, serán comparativamente impotentes en la función de dirigir la opinión sobre asuntos que interesen al público mientras se mantengan alejadas de una aplicación a la construcción diaria e incesante interpretación de 'la noticia'. (Ib., 154)

El problema de la comunicación social como vertebración de una comunidad a la altura de los tiempos nos deja enfrentados a las prácticas desvirtuadas de la industria mediática. Mientras no haya un cambio en ella, como vehículo principal de la comunicación en nuestra sociedad, será difícil conseguir alguno de los efectos buscados, manteniéndose en cambio “el estado infantil del conocimiento social” (Ib., 148). Dewey se limita a dar dos indicaciones sobre esta reforma pendiente. Por un lado, la necesidad de un nuevo “arte” de la comunicación. Más allá del término usado, cabe ver en ello un llamado a la profesionalización y el desarrollo de una técnica periodística capaz de acercar los asuntos complejos a los intereses cotidianos de los individuos.³ Y en segundo lugar –en línea con propuestas progresistas similares en favor de la participación de técnicos y trabajadores en sus corporaciones–, la organización de los empleados del periodismo en la defensa de la autonomía de su labor, algo que debería redundar en la mejora de su resultado, poniendo límites a la lógica industrial de los conglomerados mediáticos.⁴

Aunque significativas, las propuestas de Dewey saben a muy poco si las comparamos con lo mucho que depende de ellas. Tratándose de alguien más cómodo entre ideas y conceptos, Dewey no va más allá de estas breves referencias a estos fallos y principios generales de la reforma de la comunicación social. El desequilibrio entre la transformación radical de los conceptos en juego y las propuestas concretas para

implementar los cambios es rotundo; como había ocurrido antes con los modelos institucionales de organización política, que ni tan siquiera podían vislumbrarse ahora. Pero en este caso incluso nos queda la sensación de quedarnos a las puertas de un círculo vicioso. En efecto, la adaptación de la sociedad y su democracia al nuevo entorno depende en gran medida, como hemos visto, de una transformación del sistema de las comunicaciones sociales que la facilite. Pero este sistema mediático y más específicamente la prensa industrial en que se basa está sujeto a los mismos o muy parecidos condicionantes que impiden el cambio general. De modo que la comunicación social está sujeta a la misma lógica industrial y económica de las grandes corporaciones que es parte esencial de lo que hay que cambiar. El bucle práctico es evidente: lo que ha de facilitar el cambio –la comunicación social– está sujeto a las mismas condiciones que hay que cambiar.

Dewey lleva a cabo una singular transformación de los conceptos en juego en su respuesta a Lippmann, una transformación tal que tres cuartos de siglo después se ha encontrado en ellos un antecedente de la propuesta de la democracia deliberativa. Pero por lo que se refiere a su implementación efectiva, Dewey concluye a las puertas de la tarea de hacer un veredicto mucho más detallado y preciso de las condiciones de la comunicación social para tratar de cambiarlas y facilitar así la adaptación al nuevo entorno. Pero si buscamos entonces el mejor análisis de ese sistema para enfrentar sus efectos en la sociedad, lo encontramos... ¡precisamente en la obra de Lippmann!

6. De regreso a Lippmann: la tarea pendiente de la ética de la comunicación

Dewey había realizado un movimiento alternativo a Lippmann, pero en algún sentido concluía a su vez donde éste había comenzado. Lippmann, partiendo del contexto de complejidad de la Gran Sociedad, había confrontado el optimismo liberal heredado con la realidad presente de la comunicación social. Luego había convertido sus conclusiones críticas en una epistemología social negativa según la cual los individuos difícilmente podían hacerse cargo de una realidad que conocían a través del filtro (inadecuado) de esa (mala) comunicación social. Dada esta dificultad, había concluido con una reinterpretación realista y tecnocrática de la democracia que aseguraba su eficacia mediante la entrega del gobierno a una clase

política asesorada por expertos y una articulación de arriba abajo del asenso de una población atenta a sus intereses privados.

Dewey había partido por su parte de las conclusiones de Lippmann para dar una respuesta diferente a los retos de la Gran Sociedad. Había modificado sustancialmente conceptos claves de la teoría democrática: una psicología humana evolutiva capaz de adaptarse a los nuevos entornos y una democracia entendida como participación ciudadana en la dirección colectiva de sus asuntos. Pero el cambio más fundamental era la nueva noción de público: lejos de ser algo único y fijo, los públicos se formaban allí donde unos u otros individuos tomaban conciencia del alcance de una actividad o acción particular y de su propia condición de afectados. A través de la información rigurosa, su difusión y el debate se articulaban comunicativamente como un *nosotros* con voluntad de participar en el control de aquello que les afectaba (Joas, 1999, 32). Esa articulación comunicativa de públicos plurales y variables se constituía en el supuesto nuclear de una concepción ampliada de la democracia como forma de vida social. Dewey no le ponía nombre pero resulta fácil ver aquí un anticipo de ideas nucleares de la democracia deliberativa.

Sin embargo Dewey mostraba el camino pero no los pasos a dar. A la hora de la transformación del sistema de la comunicación social que facilitase estos cambios prácticamente no apuntaba nada relevante. Había transformado los conceptos en juego y anticipado un modelo alternativo de democracia. Pero en cuanto a la necesidad de emprender algún tipo de acción para hacerlo realidad concluía precisamente en el mismo punto donde había comenzado Lippmann: en la necesidad de examinar el mal funcionamiento de la prensa y sus efectos sobre la sociedad y la democracia para poderles hacer frente. En *el debate que no fue* entre ambos, habría que volver a dar ahora la palabra a Lippmann y retornar a su análisis crítico de la comunicación social de comienzos de la década.

Había que volver al primer Lippmann, pero desentrañar su ovillo en otra dirección: la que estaba apuntada en su denuncia crítica de los medios, el periodismo y la propaganda de su tiempo. Volver al Lippmann de 1920 y avanzar en la dirección del reformismo esperanzado que por entonces aún resonaba en sus páginas (McChesney, 2013); y no en la de un pesimismo que le llevaría a dejar de lado estas posibles reformas y plantear en cambio un modelo de democracia ajustado a esas circunstancias. La agenda reformista debería corresponder sustancialmente

con un cambio de las praxis, los valores y el funcionamiento habitual de los medios y el periodismo; y una parte sustancial de dicha reforma correspondía al programa propio de una ética de la comunicación entonces aún por formular. En la obra de Lippmann se deslizaban algunas claves de esos cambios, bien porque los dejará apuntados bien porque eran los que se seguían de enfrentar las fallas del sistema que había esclarecido. Y que podrían agruparse en tres grandes bloques.

a) En una sociedad compleja y con tantos intereses en juego, la cuestión de la verdad se complicaba y en cierta medida se diversificaba. De manera que un primer reto era distinguir entre la verdad periodística y otras formas de verdad: la verdad de un conocimiento experto o más profundo del entorno, la verdad histórica, la verdad jurídica, etc. Una distinción que permitiría segregar la periodística como una más de esas formas posibles de verdad tomando conciencia por tanto de sus particularidades. Esto debería prevenir la identificación –muy peligrosa en el nuevo contexto de las técnicas propagandísticas, los intereses empresariales o las males rutinas profesionales– del contenido de los medios con ‘la verdad’ única.

Era necesario relativizar la *verdad* propia de los medios y situarla en el marco de su propio funcionamiento, sus limitaciones y sus condicionantes. No es que la verdad periodística dejara de serlo, pero era crucial tener presente que estaba sujeta a condicionamientos estructurales que debían tenerse en cuenta: el tiempo, la falta de datos, el tipo de discurso propio, etc. Algunos de estos condicionantes eran inevitables –el límite de tiempo y espacio por ejemplo– pero otros podían corregirse hasta cierto punto –como los prejuicios o el desconocimiento al abordar un tema–. Había por tanto que definir las garantías mínimas de esta forma de verdad propia del periodismo; lo cual tenía mucho que ver con el siguiente factor de cambio

b) El segundo requisito para enfrentar los retos comunicativos del presente pasaba por la mejora de la cualificación y la profesionalización de los periodistas. Esa profesionalización requería delimitar con claridad los criterios normativos que debían regir su particular búsqueda de la verdad periodística, es decir la deontología de su profesión. Eso ayudaría también a distinguir la verdad periodística de otras verdades, cuasi-verdades o no-verdades asociadas al entorno mediático, como las de la propaganda, la publicidad, las relaciones públicas o los agentes de comunicación que adquirirían por aquellos días una creciente influencia (McChesney, 2013: 46).

La profesionalización ayudaría también a precisar los rasgos y técnicas propios de una comunicación dirigida al público lego; los mecanismos para hacer interesante, breve y cercana la información sobre un mundo complejo sin traicionar su relevancia, su profundidad o su alcance. Desarrollar por tanto los elementos de ese 'arte' de la difusión, de la divulgación del conocimiento que reclamaba Dewey y que necesitaba de unas formas y técnicas específicas.

Una vez delimitados estos criterios y técnicas debían pasar a formar parte, junto con una formación general básica más amplia, del corpus propio de la formación y cualificación exigible a quienes iban a desarrollar un papel tan relevante en la sociedad actual como era el de proveerla de información útil sobre sí misma y su entorno. E integrar ese corpus en un programa formativo característico de los estudios de periodismo que por entonces comenzaban a implementarse, a lo que también contribuyó la obra de Lippmann (Aznar, 2005: 135 y ss.).

Por último, la conformación de un ámbito de actuación profesional especializado requería de otro elemento: el examen crítico continuado de las prácticas habituales de funcionamiento del periodismo, los medios y la comunicación social en general. Esto era lo que el propio Lippmann había comenzado a hacer y que debería desarrollarse autónomamente como una pauta estable de revisión y autocrítica que alentase la mejora de la comunicación al denunciar sus errores más comunes, sus malas praxis, sus condicionantes, etc. Una autocrítica relacionada a su vez con el tercer bloque programático.

c) La tercera vía de transformación de la actividad mediática pasaría por establecer los requisitos y mecanismos de la exigencia de responsabilidades a los periodistas – comenzando por la firma de sus artículos– y a los empresarios –mediante mecanismos de autorregulación–, algo que entonces no se daba en lo más mínimo. Una exigencia de responsabilidad en la mayoría de casos no podía hacerse efectiva a través del derecho –como destacaba Lippmann–. No bastaba con el fin de las antiguas limitaciones de la libertad de prensa: esa libertad conquistada debía acompañarse de una clara conciencia de la responsabilidad en juego y de mecanismos para requerirla donde faltase. Debían por tanto establecerse aquellos mecanismos que a través de la exigencia de responsabilidades contribuyesen en lo posible a evitar que los medios se convirtieran en una fuente de propaganda, de partidismo descarado, de campañas orquestadas con fines poco confesables, o de simple y llano descuido y falta de cuidado.

A todas estas demandas habría que sumar otras quizás por entonces menos claras todavía pero igualmente fundamentales para configurar el entorno comunicativo que hiciera viable la propuesta de Dewey: el de un periodismo y unos medios capaces no sólo de no discriminar sino de visibilizar y dar voz a los afectados, con el objetivo de poder contribuir a conformar los públicos integrados por ellos. Finalmente, para que los medios pudieran contribuir al modelo deweyano de comunicación social debían conformarse como una vía de sustentación del debate y la conversación social, y no entender el periodismo como el seguimiento y el testimonio de las acciones de los poderes y los poderosos. Pero estas asignaturas, como algunas de las que debían formar parte del periodismo profesional, todavía tardarían algún tiempo en clarificarse.

Varias de estas mejoras del periodismo estaban ya apuntadas en la obra de Lippmann o se seguían de ella. Y del mismo modo que su obra dio pábulo a una corriente de estudios de comunicación ocupada en desarrollar las técnicas de la propaganda y de la conformación de la opinión pública –de la *manufactura del consenso*–, también arranca de ella y de las cuestiones que él planteó otra corriente fundamental de transformación y profesionalización del periodismo.

Una gran parte de las propuestas de esta agenda de la ética y la profesionalización del periodismo y la consiguiente mejora de la comunicación social se ha ido construyendo a lo largo del siglo XX. Pero esto no significa que la tarea esté concluida o que deje de ser relevante su reevaluación y puesta al día constantes. La mayor parte del siglo XX ha sido testigo del éxito de las concepciones realistas de la democracia que surgieron al confrontar los retos de la sociedad contemporánea. Si queremos que en el nuevo siglo resulten viables la propuesta y sobre todo la implementación práctica de la democracia deliberativa, debe ser manteniendo viva la agenda de la ética de la comunicación como requisito esencial para contribuir a la comunicación social que una democracia así requiere.

Bibliografía

Aznar, Hugo (2005): *Comunicación responsable*. Barcelona, Ariel, 2ª ed.

– (2011): “Introducción”, en Lippmann [1920] 2011, págs. IX-LVII.

Carey, James (1987): “The Press and Public Discourse”, *The Center Magazine*, 20, págs. 6-15.

- Castillo, Ramón del (2004): "Érase una vez en América. John Dewey y la crisis de la democracia", Introd. a Dewey [1927] 2004, págs. 11-55.
- Catalán, Miguel (2013): *La ética de la democracia. Sobre la política de John Dewey*. Madrid, Verbum.
- Chomsky, Noam (2004): *El miedo a la democracia*. Barcelona, Crítica.
- Dewey, John ([1922] 1976): "Public Opinion", en J. Dewey: *The Middle Works, 1899-1924*, Carbondale (Il.), Southern Illinois University Press, vol. 13, págs. 337-344 (reseña de *Public Opinion* de W. Lippmann, publicada originalmente en *New Republic*).
- ([1925] 1984): "Practical democracy", en J. Dewey: *The Later Works, 1925-1953*, Carbondale (Il.), Southern Illinois University Press, vol. 2, págs. 213-220 (reseña de *The Phantom Public* de W. Lippmann, publicada originalmente en *New Republic*).
- ([1927] 2004): *The Public and Its Problems*. Trad. esp., *La opinión pública y sus problemas*. Madrid, Morata.
- Diggins, John P. (1994): *The Promise of Pragmatism. Modernism and the Crisis of Knowledge and Authority*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Ewen, Stuart (2007): "Ingenieros en la sombra: biografía de una idea", *Pensar la Publicidad*, vol. I, 2, págs. 77-98.
- Honneth, Axel (1998): "Democracy as reflexive cooperation. John Dewey and the Theory of Democracy Today", *Political Theory*, vol. 26, 6, págs. 763-783.
- Jansen, Sue C. (2009): "Phantom Conflict: Lippmann, Dewey and the Fate of the Public in Modern Society", *Communication and Critical/Cultural Studies*, 6, págs. 221-245.
- Joas, Hans (1999): *El pragmatismo y la teoría de la sociedad*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo XXI.
- Laporta, Francisco J. (2001): "Los problemas de la democracia deliberativa", *Claves de Razón Práctica*, 109, págs. 22-28.
- Lippmann, Walter ([1920] 2011): *Liberty and the News*. Trad. esp. *Libertad y prensa*. Madrid, Tecnos.
- ([1922] 2003): *Public Opinion*. Trad. esp. *La opinión pública*. San Lorenzo (Madrid), Cuadernos de Langre.
- ([1925] 2011): *The Phantom Public*. Trad. esp. *El público fantasma*. S.l., Genuève Ediciones.
- McChesney, Robert W. (2013): "Aquello es hora, y esto fue entonces: Walter Lippmann y la crisis del periodismo", *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, 18, págs. 39-49
- Morán, Juan G. (2009): "John Dewey, individualismo y democracia", *Foro Interno*, 9, 11-42.
- Rodríguez Borges, Rodrigo F. (2012): "Periodismo ético, poder y ciudadanía: las tesis de Walter Lippmann en *Liberty and the News*", *Dilemata*, 8, págs. 153-167.
- Schudson, M. (2008): "The "Lippmann-Dewey Debate" and the Invention of Walter Lippmann as an Anti-Democrat 1986-1996", *International Journal of Communication*, 2, págs. 1031-1042.
- Steel, Ronald (2007): *El periodista y el poder, una biografía de Walter Lippmann*. San Lorenzo (Madrid), Cuadernos de Langre.
- Whipple, Mark (2005): "The Dewey-Lippmann Debate Today: Communication Distortions, Reflective Agency, and Participatory Democracy", *Sociological Theory*, 23, págs. 156-178.

Notas

ISSN 1989-7022

DILEMATA, año 6 (2014), nº 14, 37-60

1. De hecho fue la censura de ésta y otras publicaciones con motivo del *red scare* que siguió a la Gran Guerra uno de los motivos por los que Lippmann comenzó a ver las cosas con menos optimismo (Aznar, 2011, xvii).
2. Algo en lo que paradójicamente suelen insistir más los críticos de este modelo (p. ej., Laporta, 2001, 25a) que quienes lo defienden, que no suelen ocuparse de ello (Whipple, 2005, 163).
3. "Una presentación técnica y culta sólo atraería a los técnicamente eruditos; no sería noticia para las masas. La divulgación tiene una importancia fundamental y, desde luego, es una cuestión de arte." (Dewey, [1927] 2004, 155). Dewey quizás peque de optimista aquí al considerar que el cambio en la presentación sería suficiente para acercar estos contenidos a las masas. Si esos contenidos más complejos no han alcanzado al público sería porque no se han sabido comunicar bien; una vez desarrollado este arte comunicativo, dicha dificultad se superará en gran medida. Sin desestimar esta consideración, lo cierto es que parece un último eco del optimismo ilustrado precisamente sujeto a revisión en este debate.
4. "La recogida y venta de material que tenga importancia pública forma parte del actual sistema pecuniario. Igual que una industria dirigida por ingenieros sobre una base tecnológica real sería muy diferente de lo que es actualmente, la construcción e información de noticias también sería algo muy diferente si se dejara que actuaran libremente los auténticos intereses de los reporteros." (Ib., 155).